

# EL MUSEO LITERARIO,

PERIÓDICO SEMANAL

DE

CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, INDUSTRIA Y CONOCIMIENTOS ÚTILES.

ILUSTRADO

CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS Y GRABADOS

EGECUTADOS POR LOS MEJORES ARTISTAS ESPAÑOLES.

**Epoca 2.<sup>a</sup> del tomo I.**

VALENCIA:

IMPRENTA DE JOSÉ RIUS, PLAZA DE SAN JORGE.

**1864.**



EL MESERO LITERARIO

PERIODICO SEMANAL

CONSEJO DE ASESORES Y DIRECTORES

REDACTORES

CONSEJO DE ASESORES Y DIRECTORES

REDACTORES

Epoca 2.ª del tomo I.

YALENIA

IMPRESA DE JOSE LUIS

1898





Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

ÉPOCA 2.<sup>a</sup>

NÚM. 1.

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.  
Tres meses 18 rs. — Seis meses 34 rs. — Un  
año 66 rs.

**ADMINISTRACION:**

Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 7 Agosto 1864.

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses  
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-  
mar un año 120 rs.

**SUMARIO.**

Revista de la semana, por D. Gerónimo Flores.  
—Un cuadro de Estéban March, por D. Felix  
Piscueta.—Lord Byron, por D. J. A.—El pan-  
teismo germano-francés, por D. Luis de Barre-  
ra.—El Olvido (poesía), por D. Federico Bello y  
Chacon.—La mano ardiente: tradicion, por Don  
Rafael Blasco.

**Láminas.** Tumba de lord Byron, man-  
dada renovar en la actualidad por el rey de Gre-  
cia.—Vista general del valle de Méjico.—Carica-  
tura.

**REVISTA DE LA SEMANA.**

**L**os sentimientos de ór-  
den que escribió la  
Providencia como leyes del mun-  
do, son constante norma de cuan-  
tos sucesos tienen lugar en la  
vida política de las naciones.  
Todos hemos leído las tristes  
profecías en que se auguraba la  
completa ruina de la nacion da-  
nesa, y sin embargo el tiempo ha  
conseguido desacreditar á los agoreros de  
ruina.

Austria y Prusia muestran vivos deseos  
de llegar á una solucion pacífica con Dina-  
marca y las bases de la paz están próximas á  
firmarse vencida ya la dificultad que existia  
con motivo de si habia de ser total ó parcial  
la cesion del Schleswig.

Tambien en los Estados-Unidos parece  
quiera calmarse la agitacion producida por la  
pasion de los hombres, pues segun un periód-  
ico inglés «el presidente Lincoln ha entablado  
negociaciones de paz con personas influyentes  
del Sur.»

En estos momentos es la noticia mas im-  
portante y de mayor interés que hemos en-  
contrado, si como es de suponer lleva por  
lema la verdad.

Ojalá que la paz ponga término á tan em-  
peñada lucha y sea un lenitivo para las des-  
consoladas familias que han visto desapa-  
recer de sus regazos á hijos, parientes ó  
deudos.

La mano de la Providencia egerza todo su  
benéfico influjo sobre estos paises logrando  
renazca el amor entre los conciudadanos.

Preciso es que se llegue á una cosa es-  
table; la paz debe ser la razon de todos los  
hombres á quienes no ciegue el delirio de la  
lucha.

La cuestion peruana sigue el curso que  
los acontecimientos la imprimen, y en Méjico  
parece consolidarse cada vez mas la situa-  
cion.

Las fiestas que se han celebrado con mo-  
tivo de la solemne entrada de los emperadores  
en la capital, han sido por todos conceptos

dignas de las personas en cuyo honor se han  
hecho.

Concisos seremos en la descripcion de ellas,  
pues el espacio de que podemos disponer es  
corto.

Las calles estaban atestadas de gente, los  
balcones de las casas ricamente colgados, y no  
se divisaban en toda la linea que habia de re-  
correr el emperador Maximiliano y su esposa  
mas que arcos de triunfo.

El órden observado en la recepcion del  
emperador era el siguiente:

Rompian la marcha los miembros del ayun-  
tamiento de Méjico, vestidos de gran uniforme  
y conducidos en lujosas carrozas descubiertas:  
seguian los dos prefectos: en otro carruaje  
abierto el conde de Zizichy, la princesa de  
Metternich y la señora condesa de Collo-  
nitz.

El Sr. Mangino.

El señor general Almonte y su esposa.

El estado mayor á caballo.

Y en seguida SS. MM. en su elegante  
carroza tirada por seis hermosísimos caballos  
y marchando debajo de una lluvia incesante  
de oro y plata, versos y flores que los que  
ocupaban las azoteas y los balcones arrojaban  
lentos de entusiasmo á los gritos de «¡viva  
nuestro emperador Maximiliano! ¡Viva la em-  
peratriz Carlota!»

El emperador vestia uniforme militar y lle-  
vaba sombrero montado de general mejicano,  
y al pecho la banda y las insignias de gran  
maestro de la órden de Guadalupe. La empe-  
ratriz llevaba un traje de seda azul y blanco,



manteleta azul, y gorro, sin otro adorno que unas flores.

Cerrando la marcha iba el cuerpo de policía de á caballo, con vistosos uniformes, otro de á pié, la artillería imperial francesa, y por último, un número considerable del pueblo con vítores, músicas y banderas, en una de las cuales se leía: «Llor eterno á los soberanos de Méjico.»

Al llegar la comitiva á la catedral, fue recibida en el átrio por las comisiones, presididas de los subsecretarios de Estado. Hasta las primeras gradas del átrio salieron á recibir á SS. MM. y á introducirlos bajo el pábulo al templo los señores arzobispos de Méjico y Michoacán y obispo de Caradro, Ooajaca, Querétaro y Tulancingo, con el cabildo metropolitano y los párrocos de todo el clero de la capital.

Ocuparon SS. MM. el trono preparado en el presbiterio, y á cuyos lados formaron alas los guardias de corps, y entonces dióse principio al *Te-Deum* entonado por el Ilmo. Señor Labastida y acompañado de la brillante orquesta del coro.

Terminado el *Te-Deum* se puso en marcha la comitiva, á pié, hasta palacio, saliendo á dejar á SS. MM. hasta la puerta bajo pábulo los señores arzobispos y obispos y venerable cabildo y clero.

En los días que siguieron á la entrada de los emperadores han tenido lugar las fiestas que la municipalidad y el pueblo de Méjico dedicaban á sus nuevos soberanos.

La concurrencia á dichas funciones ha sido numerosísima y entusiasta, como jamás se había visto, ni el mas leve desorden fue á turbar las manifestaciones de regocijo público.

Los departamentos enviaron comisiones para felicitar á SS. MM., y en todos los discursos se revela el cariño y profundas simpatías de que son objeto los emperadores.

Si un motivo justo ha sido causa de que los mejicanos hayan gozado de las diversiones con que se les ha brindado, motivos constantes existen en nuestra floreciente España para que el pueblo se sacie en ellas, pues éstas se reproducen de una manera asombrosa.

Si al través de riscos y pinares tendemos la vista por nuestro Versailles, vemos á nuestros soberanos dando con su característica jovialidad motivos para que puedan gozar de cuanto encierra el Real Sitio las familias que en él se encuentran.

Si de Santa Agueda, Arechavaleta ó Deva nos ocupamos, vemos pasar una vida feliz á los bañistas, ora entregados á los goces que proporcionan amenas reuniones, ora á las delicias con que les brinda el arroyo que se desliza por el Prado, las caprichosas flores campestres que entumecidas sus hojas por la fresca brisa de la noche, recobra su vigor al dorar el sol las esmaltadas cumbres de las montañas, el rumor lejano de cristalina cascada, el melodioso canto del ruiseñor, los blancos caseríos y verdes praderas donde el campesino tiene su vida, todo recrea la vista y alegra el corazón.

Lo mismo el sexo que razona y obra, que el que siente y ama, á todos se les vé dichosos y dispuestos á tomar parte en cuantas distracciones se le presenten; dígalo sino la afluencia tan extraordinaria de forasteros que han acudido á nuestra vecina provincia de Alicante con motivo de las corridas de toros.

Alicante ha gozado de dos espectáculos diametralmente opuestos.

Han tenido ocasión de admirar lo mejor del arte prosaico y lo mejor del sublime.

Cúchares y su cuadrilla, trasteando los bichos del Colmenar, se han lucido dejando satisfechas las exigencias del público.

En esta clase de diversiones es cuanto se puede pedir.

Por otra parte la señorita Civilí ha hecho

recordar los íntimos sentimientos de que es dueño todo corazón y el entusiasmo ha rayado en delirio al verla ejecutar *La dama de las Camelias*.

Mucho nos alegraremos ver en nuestro teatro á tan renombrada artista y poder tributarla nuestra admiración.

En nuestra capital reina ya la mas completa tranquilidad, entregándose la mayoría de sus habitantes á gozar de las frescas brisas de la playa, en donde miles de meriendas dan un tinte encantador á aquel recinto.

Un acontecimiento tan solo hemos oído preocupar á la generalidad de las personas, y este es, la marcha de nuestro apreciable gobernador Sr. Mondelo.

Ordenes superiores nos han privado de una autoridad digna por todos conceptos de las simpatías de que gozaba; pero, sin embargo, parece que el gobierno haya querido compensarnos nombrando al Sr. Hurtado, persona que á sus excelentes condiciones como gobernante reúne la de ser un brillante escritor y un excelente literato.

Nos complace sobremanera este nombramiento y estamos seguros que el aprecio que se ha conquistado en otras provincias esta digna autoridad lo alcanzará también entre nosotros.

De novedades literarias pocas podemos ofrecer á nuestros lectores.

En Granada se ha inaugurado una empresa de verdadera utilidad para el país, bajo la dirección del Sr. D. José Gutiérrez de la Vega, gobernador de la provincia; consiste en formar una biblioteca de los escritores granadinos no solo de la época en que estuvo sometida á la dominación árabe, sino de la que floreció después de la conquista.

El distinguido jóven Sr. Leal y Marugán está traduciendo el poema dramático de Goethe, titulado *Fausto*. La traducción de este poema á nuestro idioma ofrece sin duda algunas grandes dificultades que el raro talento del Sr. Leal parece va logrando vencer con una facilidad admirable. Hay escenas en las que el lector se olvida de que está leyendo una traducción y no ve mas que original; versos que tienen todo el calor y toda la belleza de una inspiración propia y levantada. Si el Sr. Leal concluye su trabajo como esperamos, quedará desmentida la opinión de Mad. Steel, que calificó de imposible la traducción del *Fausto*.

GERONIMO FLORES.

#### UN CUADRO DE ESTEBAN MARCH.

Ha habido en Francia un pintor de batallas llamado Horacio Vernét.

La fama de su nombre corre veloz por la extensión del mundo civilizado, y los inteligentes se disputan sus cuadros, cuya colección forma un tratado completo de filosofía, que no habla muy alto en favor de ese bárbaro litigio á que se ha dado el nombre de guerra.

Ha habido en España otro pintor de batallas llamado Estéban March.

Sus composiciones han desaparecido casi tan completamente como su nombre, que solo un corto número de personas aficionadas á remover el polvo de las pasadas generaciones, pronuncian con el respeto que se merece.

Los cuadros de Estéban March tienen, según sus admiradores, mas idealismo, mas poesía, mas belleza estética, si así es permitido decirlo, que los del artista francés, cuyo pincel ha escrito sobre el lienzo, con una veracidad que tiene algo de la exactitud matemática, la crónica sangrienta del imperio y la restauración.

Una circunstancia de tiempo y de lugar ha

influido, sin embargo, de una manera poderosa sobre la gloria de ambos:

Horacio Vernét ha tenido la fortuna de nacer en la Francia del siglo diez y nueve. Estéban March la desgracia de ver la luz en la España de hace dos siglos.

Por eso en los oídos del primero han resonado siempre como una eterna armonía las lisongeras palabras de los reyes y de los magnates, las promesas de inmortalidad de los hombres de génio, y los aplausos de la multitud cuyas glorias reproducía.

Por eso la miseria y la desesperación han sido durante su vida el patrimonio del segundo; por eso después de su muerte el bárbaro olvido, que esparce con sus alas las cenizas de las nulidades, ha destruido desde la última sílaba de su nombre, hasta la última piedra de su tumba.

¿Quién es Estéban March?

Suplico al lector que no se ruborice al hacer esa pregunta.

Yo, valenciano y amante como el que más de las glorias de mi país natal, la hacia dos años atrás á un pintor amigo mio con el mismo tono de extrañeza con que vosotros la hareis ahora.

El artista, por toda contestación, me puso delante de un cuadro que representaba *la Cena del Salvador* y que cubria casi por completo la pared de una capilla.

Ignorante de las reglas del arte, y aficionado á juzgar las obras del espíritu por la impresión que en mi espíritu producen, no pude menos de entusiasmarme al aspecto de aquel cuadro, cuyas bellezas habia adivinado, antes de que mi amigo las señalase con ese infalible criterio que dá el conocimiento del buen gusto.

¿Cómo el pintor de batallas, aquel génio tan indomable como el de la guerra, habia podido arrojar en un momento dado los sangrientos colores de su paleta, para sustituirlos por esas dulcísimas tintas destinadas á representar las escenas mas tiernas de nuestra religión?

Reflexionaba yo sobre este misterio, uno de los muchos que nos ofrecen en su conducta y en sus producciones los verdaderos talentos, cuando mi amigo adivinando lo que pasaba en mi interior me arrastró rápidamente hasta un patio de melancólico aspecto, á la sombra de cuyas góticas arcadas empezó á contarme la historia del cuadro *la Cena*, que lleva consigo implícitamente la extraordinaria vida de su autor.

Sus palabras quedaron profundamente grabadas en mi memoria y solo después de haberlas visto confirmadas por algunos biógrafos antiguos me he atrevido á reproducirlas, seguro de inspirar con ellas un profundo interés en los lectores.

Escuchadlas.

#### I.

Los contemporáneos de Estéban March le tuvieron por un loco insufrible.

Vivia en una de las mas estrechas y tortuosas calles de Valencia, sufriendo de continuo los efectos de su miserable posición.

Desde que su maestro Pedro Orrente le hubo iniciado en los secretos del arte, desde que pudo sostener en sus manos la paleta y el pincel, Estéban March no supo, ó mas bien, no quiso pintar otra cosa que sangrientas y descomunales batallas.

Esta afición influyó de una manera poderosa sobre su carácter. Altanero, brusco y violento como las escenas que retrataba, era el terror de su desgraciada esposa, el espanto de su inocente hijo y la pesadilla de un pobre muchacho, llamado Conchillos, que aprendía el dibujo bajo su dirección.

Sus mas terribles momentos eran aquellos en que buscaba la inspiración remedando en



el interior de su estudio todos los accidentes de un combate.

Entonces acostumbraba á vestirse con un traje de guerrero antiguo, y embrazando una rodela y empuñando una espada, comenzaba á repartir cuchilladas y mandobles á todos los objetos que se le ofrecían por delante.

En tanto el aprendiz de Estéban, alentado por los gritos salvajes de su maestro que figuraban el clamor de los combatientes, se apoderaba de un cuerno de caza y lo hacía resonar con toda la fuerza de sus pulmones.

Estas escenas se repetían con mas frecuencia de la que convenia al sosiego de la casa y á la tranquilidad del vecindario.

Todos los esfuerzos de sus amigos para hacerle cambiar de conducta habian sido infructuosos. El artista guerrero seguía cada vez mas aficionado á sus parodias de batallas en las cuales templaba su espíritu para reproducir sobre el lienzo las verdaderas.

Un día Estéban March se hallaba encerrado en su estudio con su discípulo Conchillos.

En el rostro del pintor se veían impresas las señales de un extraordinario abatimiento, y sus ojos vagaban por el espacio que se descubría á través de una ventana, como si buscara entre las ondas de azulado éter la fórmula de un pensamiento.

Conchillos contemplaba á su maestro con una fijeza parecida á la de la estupidez.

Los dos estaban pálidos, y sus cabezas caían pesadamente sobre uno de los hombros como si no tuviesen fuerza suficiente para sostenerla en su posición vertical.

Aquella palidez era hija de la miseria; el pintor y su familia no habian comido nada en veinte y cuatro horas, ni tenían esperanza de comer en otras veinte y cuatro al menos.

La desesperación iba apoderándose poco á poco del corazón de March; veía todos los objetos á través de una nube sombría, y la idea del suicidio se ofreció á su mente con una pertinacia que tenía algo de la tentación.

El ánimo de Estéban se hallaba sumergido en estas reflexiones tan tristes, cuando abriéndose de par en par la puerta del estudio apareció en ella la figura noble y respetable de un anciano sacerdote.

—¡Padre mio! gritó March levantándose de su asiento y corriendo á besar la mano del recién venido.

—El cielo te guarde, hijo de mi alma, respondió el sacerdote bendiciendo con mano trémula al artista.

—Mucho tiempo que no habia tenido el gusto de veros; desde la última enfermedad de mi pobre muger, vuestra presencia no ha llenado de alegría la habitación del artista. Vos, padre mio, sois al contrario del vulgo de los amigos, solo os dignais visitar á los vuestros en los momentos de mayor desgracia.

—Eres injusto, March, respondió el sacerdote; tus amigos te quieren tanto ó mas que yo pueda quererte, conocen tus bellas cualidades, que por desgracia encubres bajo la ruda corteza de tu carácter, y saben apreciarlas.

—No digais eso, padre mio, si me amasen, si como vos decís me tuviesen un profundo cariño ¿cómo podrían abandonarme cuando tanto necesito de ellos, cuando tanto necesito de todo el mundo? Escuchad: hace veinte y cuatro horas que no he comido....

—¡Gran Dios!

—Inútilmente he procurado vender alguno de mis cuadros, nadie ha querido dar un real por ellos; inútilmente he llamado á la puerta de esos amigos, ó no me han contestado ó han opuesto á mis súplicas, á mis ruegos, una indiferencia desconsoladora.

—Estéban, ¿sabes lo que eso quiere decir?

—No, ciertamente.

—Pues bien, eso quiere decir: que tus acciones, que tus locas costumbres, que tus furiosos arrebatos de artista guerrero, que tan

caros cuestan á tu desgraciada familia, les tiene tan disgustados como á mí.

—¿Pero qué debo hacer para contentarles?

—Moderar ese carácter, sujetar esa loca imaginación que sin freno ni traba alguna te hace aparecer, á los ojos de todo el mundo, como el mas perverso de los hombres.

—Es que no puedo, padre mio, exclamó el pintor con el tono de la mas profunda desesperación; es que ella es superior á mi voluntad, superior á los esfuerzos de la razón y á los gritos de mi conciencia; yo no hago mas que dejarme arrastrar por sus impulsos, seguir ciega y automáticamente sus determinaciones, porque no sé luchar con ella, porque cuando alguna vez he intentado hacerlo, la victoria siempre se ha declarado de su parte.

—Eso es cobardía.

—No; eso es fatalidad.

—Silencio, Estéban; esa palabra ofende á la mas noble de las criaturas de Dios en el mas precioso de sus atributos.

—Pues bien, llamadle cobardía, en hora buena; soy un cobarde que no sabe dominar los ímpetus de su imaginación, que tiene la debilidad de creer que solo siguiendo el vuelo de su fantasía puede concebir y ejecutar obras dignas de la posteridad y dignas de la gloria.

—Escucha, March: replicó el sacerdote con tono lleno de solemnidad, tú tienes talento.

A los lábios del pintor asomó una imperceptible sonrisa.

—Tú, continuó el anciano, has aprendido tu noble arte bajo la dirección de Pedro Orrente, que era un genio en la pintura; sean cuales fueren los asuntos de tus obras tu instrucción y tu talento sabrían sacar partido de ellos. El estilo es el hombre: esta es una verdad innegable, que siguiendo mis consejos habías de ver confirmada en tí mismo. Las terribles batallas, los sangrientos combates han agriado tu carácter, convirtiéndote en un ser brusco, altanero é intratable; pues bien, dentro de poco serás dulce, afectuoso y tierno si quisieses dar vida con tu inspirado pincel á esas escenas todas amor, todas sentimiento, en que tanto abunda nuestra santísima religión.

Estéban March subió la cabeza con aire de duda.

—¿Crees acaso imposible ese cambio?

—Padre, exclamó el pintor con resolución, yo he nacido para pintar batallas y nada mas; mi imaginación no sabe concebir otros pensamientos, y si intentase dominarla, la lucha sería estéril para mí.

—¡Ay! querido Estéban: la salvación de tu muger que es un modelo de virtudes, la salvación de tu hijo, heredero de tu genio y á quien vas á inspirar con tu conducta una decidida aversión al arte, la salvación de esos seres que deben ser tan queridos, te aconsejan ese cambio.

—Padre.... es imposible.

—No, Estéban; dentro del círculo de las facultades humanas, no hay nada imposible para quien tiene una voluntad de hierro. Haz una prueba, una sola prueba.

—Sería inútil; me conozco muy bien, padre mio. Si yo me decidiese ahora por seguir vuestro consejo, ¿sabéis lo que resultaría? que Estéban March, el genio de las batallas, como han dado en llamarme, perdería todo su prestigio, toda su reputación de artista; porque al querer interpretar esos asuntos, que han llenado de gloria á otros pintores, su imaginación de fuego se abatiría ante el dulcísimo rostro de una virgen ó de un serafín. No, no sirvo yo para eso.

—Escucha: en la iglesia parroquial de San Juan, de la que, como sabes, soy rector, hace falta un cuadro de la *sagrada Cena*, un cuadro que represente la obra de aquella noche memorable, en que el Divino Maestro rodeado de sus discípulos, instituyó el sagrado pan de la Eucaristía. Un asunto de este género basta para inmortalizar á cualquiera que lo traduzca

debidamente; el clero á quien represento te encarga de la ejecución de ese trabajo, ¿aceptas?

—No puedo, contestó resueltamente el artista.

—Ten en cuenta los deplorables resultados que pueden sobrevenir á la negativa.

—Pero, padre....

—¿Aceptas, si ó no?

—Acepto, pero con una condición.

—Habla.

—Si el cuadro que voy á pintar no corresponde á mi fama, si es inferior al concepto que de mí se tiene, si no es, en una palabra, digno de mi nombre, prometeme que podre borrarlo y que será la última prueba que me obligareis á hacer.

—Convenido.

—En ese caso, dentro de quince días estará á vuestra disposición el cuadro de la *Sagrada Cena*.

—Entonces hasta dentro de quince días, en que vendré á recoger la obra; una parte de cuyo precio te entrego en este mismo instante.

Y el sacerdote, después de poner unas cuantas monedas de oro en las manos del pintor, desapareció saludándole con una cariñosa sonrisa.

—¡Conchillos! gritó Estéban así que hubo quedado solo con su discípulo.

—¿Qué se ofrece, maestro? contestó el niño con voz desfallecida.

—Abre el estómago á la esperanza; el arte que es la causa de nuestros mayores pesares, lo es también de nuestras mas puras alegrías.

—¿Y qué traigo para comer? preguntó el niño siempre fijo en aquella idea.

—Jamon en dulce, pavos rellenos, pasteles de espuma, vino de Chipre, lo que te ocurra, mi pequeño Conchillos; hoy paga el clero de San Juan y no es cosa de hacerle de mala gana los honores del convite.

El aprendiz cogió una de las monedas de oro y echó á correr con una velocidad que probaba sus deseos de comer, mientras Estéban se sentaba delante del caballete y talareaba una marcha guerrera.

(Se concluirá.)

FELIX PIZCUETA.

## LORD BYRON.

Bañada de la benéfica sombra de un árbol secular que estiende á lo lejos sus nudosas ramas como brazos dispuestos á defender el precioso tesoro que se le ha confiado, se ve en las inmediaciones de Nottinghamshire, en Inglaterra, una tosca piedra bajo la cual duermen en eterno sueño mortales despojos de un hombre que con su poderosa imaginación agitó el mundo literario, y fue triste víctima de su propio desarreglo durante una vida azarosa y llena de amargas decepciones.

Hablamos de Byron, no de John, el ilustre navegante que murió con la dulce satisfacción de haber prestado útiles servicios á la humanidad descubriendo nuevos terrenos y explorando otros, sino de uno de sus nietos, generalmente conocido por el dictado de Lord Byron, gran poeta, en quien al parecer se enconcentraron todas las virtudes que habian ennoblecido su raza y todos los defectos que debieron haberla oscurecido. En efecto su madre Catalina Gordon parece haberle dejado heredero de toda su exagerada susceptibilidad é impaciencia de carácter, al paso que su padre le hizo legatario de su amor á la disipación y á las aventuras peligrosas que le llevaron á morir en Francia lejos de su esposa, cuya cuantiosa fortuna habia devorado en breve tiempo. Reducida esta señora á la pobreza, se estableció con su hijo, de edad de cinco años, en Aberdeen, y allí vivió hasta que en 1795 entró éste en posesión del título



y bienes de su tío lord Byron, que un año antes le había instituido heredero universal. En este intermedio fue cuando el niño poeta, que ya se daba á conocer por su prodigiosa percepción, no menos que por su génio arrebatado, discolo y lleno de inconsecuencias, tuvo la desgracia de torcerse un pié y quedar cojo para toda la vida.

Aquel impensado cambio de fortuna afectó extraordinariamente su imaginación. Cuéntase que la primera vez que en el colegio oyó llamarse *Dóminus* Byron por el profesor, el orgullo le hizo derramar dulces, pero abrasadoras lágrimas. Su permanencia en las pintorescas montañas de Escocia, poco tiempo después de este suceso, le dejó recuerdos que se echan claramente de ver en todas sus composiciones.

Ocho años tenía cuando con extraña precocidad se apoderó de su corazón un apasionado afecto hacia una niña, María Duff, de la misma edad, y que le hizo apurar todas las amarguras que en la edad madura suelen acompañar una pasión desgraciada.

De allí á cuatro años vió el joven Byron á su prima Margarita Parker, y sintió igualmente por ella todas las furias del amor. No fueron sin embargo de duración, pues la muerte rompió prontamente los dulces vínculos arrebatando á Margarita, cuya memoria, juntamente con la de María Duff, fue como un bálsamo que en lo sucesivo aplacó el frenético dolor de que el poeta se vió con frecuencia asaltado en lo restante de su vida.

En 1801 pasó Byron al colegio de Harrow, y allí leyó mucho; pero sin sujetarse á un estudio normal. Sus relaciones de colegio fueron apasionadas y como hijas de la inmensa necesidad de afecto que devoraba su corazón. Con frecuencia se le veía pasear pensativo y como abrumado de desengaños al rededor del cementerio, sentándose macilento al pié de alguna tumba.

En 1803 vió á una joven llamada María Chawort, y concibió por ella una pasión no menos impetuosa, pero mas desgraciada que las dos anteriores. Tuvo el tormento de sufrir su desdén, y verla pasar á ajenos brazos....

Pero no es seguramente la biografía amorosa de Byron la que ensayamos escribir, ni tampoco los rasgos de libertinaje que le dieron á conocer en la Universidad de Cambridge en 1805.

Empresa seria interminable el seguirle en esas no interrumpidas escenas de su vida, y por otra parte lo dicho es ya suficiente para comprender la causa de los arranques de dolor, de despecho y de escepticismo que han dado principalmente celebridad á los extraños sonidos de su lira.

Vengamos por consiguiente á sus composiciones literarias, que al paso que detallan las fases de su vida por el íntimo enlace que tienen con ellas, nos permitirán dar á nuestro mal bosquejado retrato un colorido mas grave y de mas importancia social.

Su primera colección de poesías, *Horas de expansión*, salió á luz en 1807, y la injusta crítica que de ellas hizo la *Revista de Edimburgo*, fue á manera de acerada espina que se clavó en el seno de su autor. De allí á dos años replicó éste con la célebre sátira denominada *Los bardos ingleses y los críticos escoceses*. La venganza del poeta quedó plenamente satisfecha.

A pesar de esta satisfacción, lord Byron se decidió á viajar por el extranjero: parte

de sus bienes estaban en litigio: sus deudas eran ya considerables, hasta el punto de haberse rehusado su tutor lord Carlisle á presentarlo en la Cámara.

Durante el verano de 1809 dijo adiós á su patria y se embarcó para Lisboa, desde donde pasó á Cádiz, y de allí vino á Sevilla. Vió en su rápida carrera á la Andalucía sublevada en masa contra la invasión napoleónica. De España pasó á la Albania, recorrió la Grecia y la Turquía, y al regresar á Inglaterra en 1811 dió á luz un poema, *La peregrinación del niño Harold*, que desde luego le hizo tomar el primer puesto entre los poetas ingleses. Sucesivamente publicó otros dos pequeños poemas, *El corsario Lara*, y *La*

*Arold*, y compuso varios dramas, como *Cain*, *Manfredo*, *El cielo y la tierra*, *Marino Faliero*, *Foscari*, *La profecía del Dante* y *D. Juan*, especie de epopeya que se considera como una obra maestra.

Todos los críticos están acordes en cuanto á concederle un talento sublime y vigoroso; pero también se lamentan de que solamente se haya empleado en desesperar la humanidad y causarle nuevos tormentos.—J. A.

## EL PANTEISMO GERMANO-FRANCÉS.

### APUNTES CRÍTICOS

sobre las doctrinas filosóficas de Mr. Ernesto Renan, por D. Luis Vidart.

Un libro, un folleto, una página, que revelen la vocación de ciertos estudios en nuestra patria, deben ser acogidos con benevolencia, sea cualquiera la procedencia de doctrina, la tradición de escuela que representen en la elevada esfera del pensamiento. La ciencia reconoce ciertos vínculos de fraternidad que no pueden relajar el antagonismo de las escuelas, y al través del ardor de la lucha, en medio de esa especie de fermentación intelectual que produce el contacto de encontrados sistemas, reaparece constantemente como un símbolo común de conciliación, una afinidad superior que une á las inteligencias elevadas con una especie de misteriosa solidez.

La ciencia es mas que un magisterio, es un sacerdocio, y sus adeptos, hermanos en la inteligencia, elaboran el porvenir con una misteriosa cooperación. Por esta razón, la lucha científica no debe degenerar nunca en el pugilato, pues la verdad se impone con tanto mayor prestigio, cuando se propaga con mayor dignidad. Estas reflexiones nos son inspiradas por el libro del Sr. Vidart, en el que prevalece constantemente el decoro en la impugnación á Mr. Renan. Felicitamos sinceramente al Sr. Vidart, por la forma templada y digna que ha sabido dar á su impugnación, y nos complacemos tanto mas en esto, cuanto ha tenido el buen gusto de no haber seguido las huellas de la mayor parte de los que le han precedido en el mismo trabajo.

Un libro mas contra Mr. Renan, una nueva protesta contra el autor de la *Vida de Jesús*, parece que ya no tiene significación: tal ha sido la profusión de escritos que se han producido contra él con motivo de su libro. Sin embargo, la cuestión reproducida por el distinguido orientalista, es de una suprema actualidad, abarca las generaciones y es, por decirlo así, contemporánea de todas las épocas. Hay en la historia un minuto solemne que condensa el pasado, el presente y el porvenir; momento supremo solemnizado por una agonía, y que brilla como una lágrima al través de todas las generaciones; este momento está glorificado por la aparición de Jesús, criatura preexistente á las creaciones; según Arrio, existencia aparente y sin consistencia real; según Eutiques, simbolismo mítico y expresión superior del ideal de la humanidad; según Straus ó Renan, inoculación del elemento divino en la humanidad, por su participación inmediata con Dios, según el dogma católico.

Mr. Renan, pertenece á la escuela crítica, cuya tradición filosófica parte en cierto modo de Hegel, aun cuando la filiación alemana del sistema se haya mistificado un poco al tomar las palpitaciones de la vida en la



TUMBA DE LORD BYRON.

Mandada renovar en la actualidad por el rey de Grecia.

desposada de Abydos, que obtuvieron mucho éxito. En 1815 se casó con Miss Milbank, y aunque esta unión fue favorecida con una hija, no estrechó los vínculos de la familia, pues á los dos años los esposos se separaron para nunca mas volverse á unir. Byron, que según parece era el que había provocado este disgusto, se aborreció de vivir en Inglaterra y emprendió (año 1816) nuevos viajes, durante los cuales recorrió la Bélgica, donde Waterlloo le inspiró uno de sus mas hermosos cantos; la Suiza, en cuyo país contrajo relaciones amistosas con Shelley, sectario de Espinosa, y la Toscana y Venecia, deteniéndose en el primero de estos dos puntos por una vehemente pasión. En 1819 se asoció á los proyectos de emancipación de Italia y cuando éstos fracasaron, se consagró del todo á la causa de Grecia, á cuyo país pasó en 1823, y nada le quedó por hacer en obsequio del mismo. Sus esfuerzos consiguieron dar unidad á los partidos y organizar el ejército; mas la muerte no le permitió recoger el fruto de su afán, cortando el hilo de su vida delante de los muros de Missolonghi el 19 de Abril de 1824.

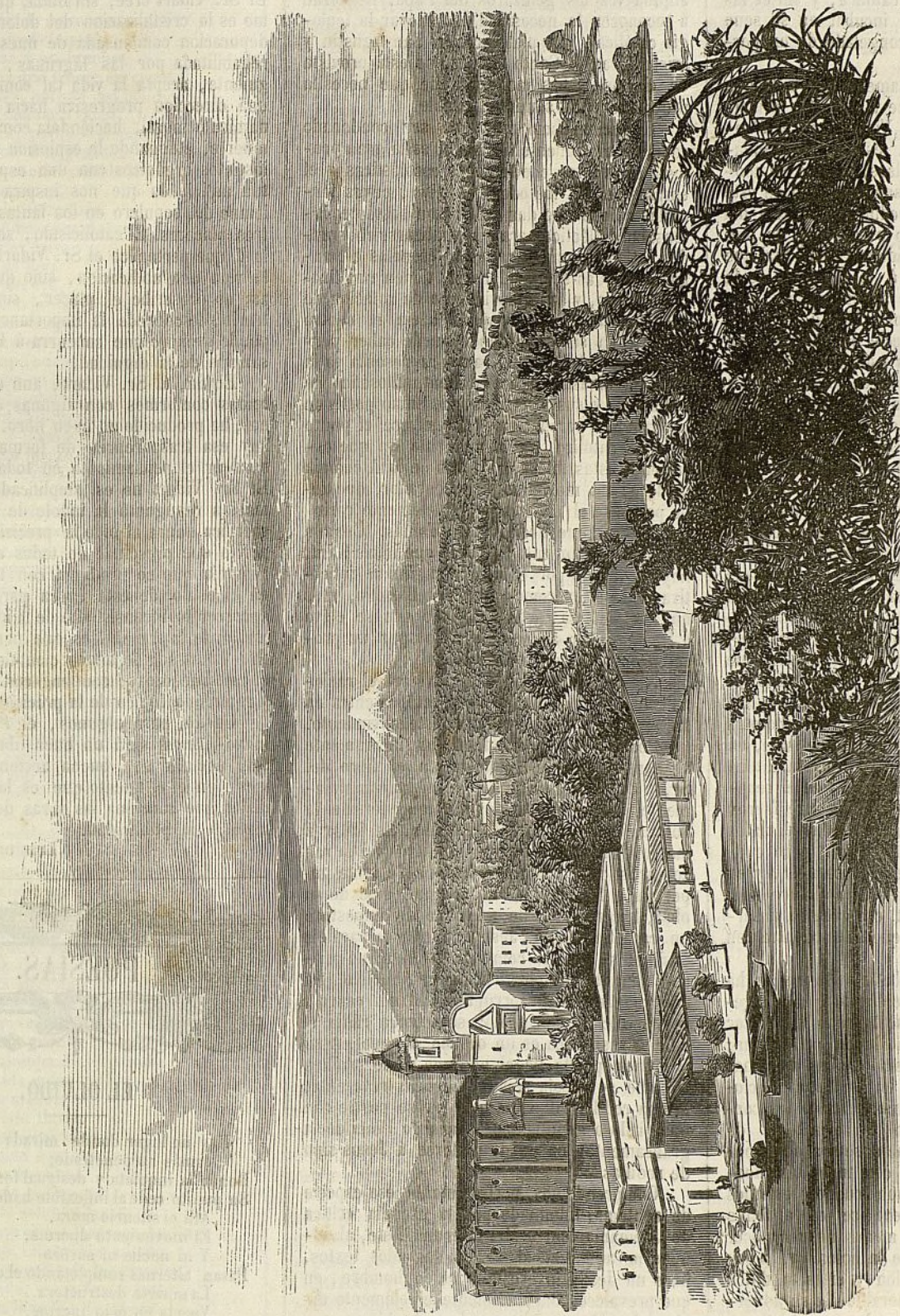
Durante su permanencia en Suiza ó Italia añadió un tercer canto á su poema de *Childe*



fibra artística del corazón de la Francia. La determinación *à priori* de la ley del progreso como una evolución lógica, fatal é inconsciente de la historia, la immanencia de lo que se sucede progresivamente, realizándose sin espontaneidad en la vida, y haciendo de la historia una fenomenalidad sin un elemento permanente que la determi-

ne, esa coexistencia del *ser* con el *suceder*, por la que cada momento histórico aparece como una transición necesaria del momento que le precede al momento que le sigue, haciendo de la idea de sucesión, no la forma, sino el fundamento de la historia, producen como trascendencia práctica, la protesta contra toda actualización histórica, y por consi-

guiente, el no reconocimiento de tipos persistentes de perfección inmutable en el curso de la humanidad. Esta se realiza, por decirlo así, fraccionariamente, sin que produzca en sus elaboraciones sucesivas, nada permanente, nada definitivo que la completen en su integridad. El ideal religioso, para estas escuelas, es la aspiración condensada de cada época,



VISTA GENERAL DEL VALLE DE MÉJICO.

que se debilita á medida que se aparta de su procedencia para producir ideales nuevos.

La escuela católica, á la cual pertenece el Sr. Vidart, explica la historia de otro modo. Esta obedece en sus manifestaciones á leyes permanentes, y todas sus evoluciones no están subordinadas á una sucesión indefinida, que altere su estructura, sino que proclamando sus fundamentos inmutables, coloca fuera del tiempo los grandes centros hacia los que converge la humanidad. El progreso,

para esta escuela, no es el perpétuo *será*, sino que es la posesión inmediata de las grandes verdades reveladas de donde se ramifican todas las direcciones de la vida.

Se comprende perfectamente la incompatibilidad de estas escuelas y los anatemas mutuos que se fulminan. La una explica la vida en la historia por un trascendentalismo de la razón, la otra admite el super-naturalismo, armonizándose con el elemento racional; aquella admite en la humanidad cierta fuerza ve-

getativa, por decirlo así, que produce todas las grandes elaboraciones religiosas y sociales; la otra admite verdades fundamentales, que son como las piedras miliarias en el curso de las civilizaciones; la una, en fin, explica la vida por la vida, el hombre por el hombre; la otra explica la vida por la muerte, la tierra por el cielo y al hombre por Dios!

La humanidad, trasfigurada por el dolor, santificada por el martirio, rejuvenecida con todas las eflorescencias del porvenir, por la



santidad de la esperanza de otra vida mejor, espiritualizada en el grosero prurito de sus instintos orgánicos por una aspiración al infinito, ha sido anegada en la primera lágrima de dolor del primer hombre. Solidaria en la culpa, es también solidaria en su rehabilitación, y su redención misma, significa, según el dogma, no solamente un progreso supremo sobre la muerte, sino también un progreso sobre la vida. Sin Jesucristo la historia no se explica, dice la escuela católica, y sin él las civilizaciones no pueden incubarse en su seno estéril, sino el huevo congelado de un porvenir infecundo.

Se comprende perfectamente que cada una de estas escuelas obedece á distintos principios filosóficos, y el Sr. Vidart, en el *Panteísmo germano-francés*, espone los fundamentos en su concepto falsos, en que se apoya Renan, para esponder sus teorías. Con este motivo, impugna el procedimiento crítico del autor francés, su método psicológico, la ineficacia del principio de evidencia individual que conduce necesariamente á la anarquía de la duda, y lo erróneo de su concepción sintética de la idea de Dios. Renan es panteísta, y llega á esta especie de naufragio de la razón al través de las oscilaciones de una fe embrionaria, cuyo calor no es suficiente para hacer germinar un ala en su corazón que le remonte al infinito. La energía de su conciencia protesta contra esa abdicación de su personalidad en el ara estéril de una divinidad moribunda, que tiene por cómplice la muerte, y por grosera inmortalidad, la perpetuidad de la vida orgánica, renovada por la transmisibilidad del germen. El Sr. Vidart indica el itinerario infecundo que ha seguido la idea panteísta en su estéril elaboración al través de la historia, pues como dogma, ha producido cierto misticismo sensual de la muerte, y por consiguiente, esas civilizaciones petrificadas, que en el mundo oriental vienen á ser como las grandes osificaciones del pasado. El Sr. Vidart, dice, «que el panteísmo no ha sido otra cosa que en la vida oriental el quietismo, en el ocaso del mundo greco-romano la última resistencia á la religión cristiana, en el renacimiento una de tantas doctrinas que fueron infecundas para la renovación de las ciencias, en el cartesianismo una aplicación poco conforme de las doctrinas de esta escuela, y en la moderna Alemania una torcida dirección del criticismo de Manuel Kant, cuyo lógico desarrollo pretenden algunos que se encuentra en las teorías de Krause.

El Sr. Vidart, al combatir á Renan, no ha penetrado en el terreno teológico ó de exégesis bíblica; ha venido al terreno del autor francés; ha combatido á Renan con Renan; ha establecido el paralelismo de las doctrinas de éste, y las ha puesto en conflicto, adicionando por vía de comentario práctico las consecuencias que proceden legítimamente de aquellas doctrinas. Sin que nosotros nos identifiquemos completamente con todas las doctrinas del Sr. Vidart, aun cuando estemos conformes con la que prevalece en el fondo de su libro, no podemos menos de reconocer en él el talento flexible de la polémica, la espontaneidad en la agresión y el tacto difícil de encontrar el lado vulnerable de su adversario. A veces el Sr. Vidart hace concesiones cautelosas para triturar un argumento dentro del inexorable círculo trazado por el mismo á quien combate; otras sin preocuparse de una doctrina en sus precedentes filosóficos, reserva toda la intensidad de su argumentación para combatirla en sus conclusiones. Se adivina en el fondo de la educación lógica del Sr. Vidart, algo de la virilidad de la escuela aristotélica, cuyo método deductivo, no siempre aplicable como procedimiento dialéctico, presenta el silogismo como un triple ariete, y lanza como una catapulta su formidable *ergo*.

Se adivina gran prevención en el *Panteis-*

*mo germano-francés* al movimiento filosófico, cuyas corrientes parten del otro lado del Rhin, y no podemos menos de indicar con este motivo al Sr. Vidart, que aun cuando este movimiento haya producido la escuela crítica protestante, también inicia una dirección nueva, prevista por Bossuet hace dos siglos, y que empieza á trazarse en las aspiraciones ortodoxas de la Iglesia anglicana. Los jesuitas, á quienes epigramáticamente se les ha llamado alguna vez los genizaros del Papa, empiezan á reconocer la necesidad de renovar la teología católica, que platónica en San Agustín y aristotélica en Santo Tomás, no está provista de ciertas armas modernas de que necesita proveerse para ser invulnerable.

El racionalismo no debe ser condenado como un movimiento bastardo, es la gran protesta contra las conclusiones escolásticas y el empirismo del método deductivo, cuyas fórmulas exigüas no dan á la razón bastante intensidad dialéctica para sistematizarse en grandes categorías sintéticas. Las escuelas alemanas con todas sus disidencias, tienen una filiación común, y cada movimiento de rotación de cada una de ellas, converge hacia el centro de un gran sistema, donde puede caber perfectamente el dogma. Krauss representa ya la segunda dinastía del movimiento filosófico de Alemania, y sus doctrinas presentan parte de las grandes perspectivas que ofrece el punto de vista católico. En el momento en que escribimos estas líneas, se inicia en la Alemania moderna un movimiento regenerador, que tiene por base el desarrollo del elemento racional de la fe que decía Santo Tomás. Cuando este gran movimiento filosófico que inició Kant, haya realizado por completo su última definitiva síntesis, veremos que esa filosofía, mas que un sistema, es un método que se eleva á Dios, no por aperccepción, sino por un procedimiento enteramente racional.

No condene, pues, el Sr. Vidart el racionalismo moderno. La teología católica entra en su tercer período, producto de este movimiento.

Por lo demás, nos adherimos sinceramente al pensamiento que domina en el libro del Sr. Vidart. A Jesús, ó se le niega completamente, ó no puede menos de concedérsele la autenticidad de la filiación divina. Es faltar á las condiciones de la verosimilitud y á la razón artística, criterio á que concede tanta importancia Mr. Renan en alguna parte de su obra, hacer surgir de un fondo de impostura un carácter santo. Jesús no admite paralelo posible; su muerte completa su vida; no puede tener otras afinidades que con el cielo. Su doctrina tiene la incorruptibilidad del cedro y la fragancia del sándalo; su mirada radia el infinito y su boca es un océano de miel. A su figura no puede llegar ninguna mano profana sin que se encoja con un ademán reverente, ni una rodilla inflexible que no se postre con una piadosa genuflexión. *Leonardo Vinci* decía gráficamente: no puede pintarse á Jesús sino de rodillas.

Comprendemos perfectamente esa especie de anatema, fulminado por la escuela crítica de Alemania contra Mr. Renan. Este, al admitir la autenticidad de los sagrados textos, hace un Jesús inverosímil como hombre, en que prevalece constantemente el elemento divino. La lógica misma salva el abismo que convencionalmente crea Mr. Renan entre sus premisas y sus conclusiones. El desarrollo lógico del carácter superior de Jesús, exige necesariamente aun dentro de su mismo libro un complemento, sin el cual la figura aparece truncada, y este complemento es el sello de la Divinidad.

Por lo demás, el Sr. Vidart ha sondeado los grandes problemas que agitan á las escuelas en los catorce capítulos de su libro. La compatibilidad del catolicismo y la ciencia, la ley del progreso explicada racional y dogmáticamente, la afirmación del libre albedrío con-

tra esas escuelas que hacen prevalecer una fatalidad inconsciente en el fondo de todas las acciones humanas, todas estas cuestiones que se agitan tempestuosamente entre el cielo y la tierra, entre la filosofía y el dogma, entre el sacerdocio de la fe y el imperio de la duda, y que vienen á constituir los incidentes en cierto modo apocalípticos de las luchas de la inteligencia, están tratadas concisa y luminosamente en el *Panteísmo germano-francés*. El Sr. Vidart cree, sin duda, que el catolicismo es la cristalización del dolor; es decir, la depuración condensada de nuestra naturaleza rehabilitada por las lágrimas, y por consiguiente, acepta la vida tal como es, dándole una dirección progresiva hacia el perfeccionamiento moral, haciéndola compatible con la muerte, atenuando la explosión sensual de los instintos orgánicos con una especie de beatitud anticipada que nos inspira el reflejo solemne del sepulcro en los fantasmas de nuestros placeres. El catolicismo, según la escuela á que pertenece el Sr. Vidart, no hace de la vida una abdicación, sino que la solemniza; no proscribiera el placer, sino que al contrario, le concede la importancia que corresponde siempre que concurra á la vida bajo la sanción de la dignidad.

En fin, el Sr. Vidart, aun cuando no estemos conformes con algunas de sus doctrinas, ha producido un buen libro. En su estilo, hay esa transparencia de forma que permite sondear el pensamiento en toda su extensión. El Sr. Vidart no es amplificador, la declaración repugna á la índole de su talento, no sacrifica nunca al oído la precisión de la idea, por lo que prescinde de todos esos efectos de armonía que se prodigan con tanta profusión en el estilo de esta época para hacer desaparecer lo inconsistente de la idea bajo el tumulto de la frase. Mas que períodos, los del Sr. Vidart son fórmulas científicas en las que el pensamiento se contiene con esa sobriedad y rigorismo lógico de la precisión matemática.

En fin, para algunos, el *Panteísmo germano-francés* será un buen libro, para otros será además una buena acción, pero todos verán en él el talento que es la primera condición que sanciona las obras de la inteligencia ante la publicidad.

LUIS DE BARRERA.



## EL OLVIDO.

Hay un lugar donde mirada alguna  
Jamás ha penetrado;  
Donde la inquieta y desigual fortuna  
Su puesto cede al inflexible hado.  
Allí el silencio mora,  
El movimiento duerme,  
Y ni noche ni aurora  
Pasan alternas completando el día;  
La muerte destructora  
Vegeta en ocio inerte,  
De orín tomada la cuchilla impía,  
Sin encontrar á quien su filo espante;  
Al porvenir el tiempo no responde,  
Y la fama, si pasa por delante,  
El rostro vuelve y el clarín esconde;  
Allí yace cual águila cansada  
En su sangriento nido,  
En su mansión de sombras fabricada,  
Sobre un lecho de ruinas el olvido.  
Destrozados anales  
Sostienen su cabeza,  
Recuerdos que inmortales  
Juzgó la humanidad, y que ya han muerto,  
Cual flores otoñales  
Cuando la escarcha empieza;



Las pasiones allí como á su puerto,  
Ya terminada su tremenda lucha,  
Se recogen en forma de vestiglos,  
Y en las tinieblas rechinan se escucha  
El gastado engranaje de los siglos.  
¿Pensais que duerme? No. Moved la planta,  
Agitada el escombros  
De su lecho, y vereis cual se levanta,  
El ojo atento y la guadaña al hombro.  
No duerme. ¿Por ventura  
Falta en el mundo un hombre,  
Una leyenda oscura  
Que raer de la faz de un monumento?  
¿Falta una duda impura  
Con que infamar á un hombre,  
O alguna historia que trocar en cuento?  
No duerme nunca, porque así mantiene  
Débil y torpe la memoria vana;  
No duerme nunca, porque siempre tiene  
Que hacer dormir á la grandeza humana.  
Cuando el rumor del mundo le incomoda,  
Selanza vengativo,  
Y recorre veloz la tierra toda,  
De grandes nombres segador activo.  
Sobre las alas huye  
Del tiempo que se aleja:  
El pasado circuye  
De eterna duda con la niebla avara,  
E implacable destruye  
Lo que la muerte deja  
Y lo que el tiempo mismo respetara.  
De una generacion en la memoria  
Pone de incertidumbre el sobre-escrito,  
Y tal vez haga en la futura historia  
A César sueño, á Bonaparte un mito.  
Tal vez en esta forma á los mortales  
Les hablará mañana:  
«Venid á corregir vuestros anales  
Como os dicte mi ciencia soberana.  
Napoleon no ha sido  
Un hombre, sino varios:  
Uno tuvo oprimido  
Al rebelde francés; otro de Jena  
Cogió el lauro florido,  
Y otro de sus contrarios  
Victima fue, muriendo en Santa Elena.  
Ese cuadro de triunfos y proezas  
No completó jamás hombre ninguno;  
Mas la fama, sedienta de grandezas,  
Hizo de tantos Bonapartes uno.»  
Así dirá tal vez. ¿No has suscitado  
Un tropel carnívoros  
De buitres, que con rabia han devorado  
El cadáver magnífico de Homero?  
¿No ha dicho que es mentira  
Del vate la existencia  
Que de Aquiles la ira  
Celebró á la catástrofe Troyana?  
¿Que no existió esa lira,  
Que cual divina esencia  
Turba y confunde la razon humana?  
¿Que discorde vibrar su voz ha sido  
De sueltas cuerdas sobre antiguo tema;  
Que cada cuerda derramó un sonido,  
Y que con éstos se formó un poema?  
¡Olvido! tú, que con eternas leyes  
Das á la fama plazos;  
Que la efímera pompa de los reyes  
Reducas á la nada entre tus brazos;  
Tú que con mano ruda  
Secas el triste llanto  
Del que con pena cruda  
Ha perdido su bien ó su esperanza,  
Y haces que la viuda  
Entregue sin quebranto  
El pie liviano á la voluble danza;  
Tú, que cual nieve en los fragosos Andes,  
Te muestras frio, inexorable, adusto,  
Grande sobre el orgullo de los grandes,  
Y Dios del mundo, como fueras justo.  
Tú que jamás la indómita cabeza  
Hacia el pasado inclinas,  
Pidiendo á la feráz naturaleza  
Musgo no mas con que encubrir ruina s;  
Olvido que tu imperio  
Sin amenguarse dure;  
Que secunde el misterio  
Tu incesante tarea destructora,  
Y el estrecho emisferio  
De la vida se aparte  
Con un recuerdo menos cada hora.  
Tu mision es de amor, que en los eriales  
Por do vagamos con fatigas duras,  
Es una dicha el olvidar los males,  
Y una desgracia recordar venturas.

FEDERICO BELLO Y CHAGON.

## LA MANO ARDIENTE.

## TRADICION

POR

RAFAEL BLASCO.

## I.

Concurría por aquel entonces á la botica un caballero ya entrado en años, pero fuerte, robusto; de pequeña estatura, pero de un temple de alma extraordinario; hombre que llamaba la atención del pueblo por la indiferencia con que miraba todas las cosas de este mundo y estoy por asegurar que las del otro.

D. Juan del Pino, que así se llamaba, presentaba un exterior frio y apático y parecía que el fuego de las pasiones no habia dado jamás calor á su alma. Habia arrostrado durante su vida grandes peligros sin que se alterase un solo músculo de su rostro; encontrándose una vez dentro de una plaza sitiada, se contaba de él que dormia tranquilamente la siesta mientras las bombas estallaban por las inmediaciones, no haciéndole con esto alarde de serenidad y como si su conducta nada presentase de extraño.

Se le conocia un solo cariño, el cariño á sus ideas políticas; amante de la libertad le rendia un culto constante, y jamás habia faltado á sus compromisos de partido; habiendo sufrido por esta razon persecuciones y miserias. Esto probaba que aquel corazón sabia latir, que habia latido quizá en otros tiempos á impulso de la pasión; pero que los años ó las decepciones ó ambas cosas habian agotado sus sentimientos.

Un dia examinaba yo unos frascos de sulfato de quinina. Mis lectores no tienen obligación de saber química y me permitirán una digresion muy breve por el campo de esta ciencia. El sulfato de quinina, tan usado contra las intermitentes, se falsifica con una sustancia llamada salicina, que se extrae del sauce. Nada mas fácil que confundir ambos productos á la simple vista; son blancos, cristalizan en pequeñas agujas y hasta el sabor amargo es igual. No pudiendo distinguirse por los caracteres físicos, hay necesidad de recurrir á los reactivos. La quinina y la salicina se disuelven en el agua tomando ésta un color sucio; pero si á la disolucion se añaden unas gotas de ácido sulfúrico, el agua que contiene la quinina queda clara, limpia y trasparente, mientras que la que contiene salicina toma un hermoso color rojo.

Decia, pues, que examinaba yo un dia una partida de frascos de la que tenia sospechas, y en efecto, al caer una gota de ácido sulfúrico, pues basta con una gota y aun menos, en la copa que contenia la disolucion que deseaba conocer, tomé ésta en el acto un tinte rojo subido, dándome á conocer la supercheria de que era victima.

D. Juan del Pino, que miraba la operacion con la mayor indiferencia, pareció conmovirse; su frente se anubló como si el recuerdo de un pesar atormentara su imaginacion, arrugó el entrecejo y dijo con voz poco segura:

—Ese líquido parece sangre.

—En efecto, repuse yo; su color es rojo muy subido y alguna semejanza tiene con la sangre, en su estado natural, es decir, no alterada por una enfermedad. A fé, á fé que no se parece esta disolucion á la sangre inflamada que le sacaron el otro dia al alcalde. Fue una sangría aquella que valió por dos.

—Lopez, ¿V. no ha visto otra sangre que la estraida por medio de la sangría?

Al dirijirme esta pregunta D. Juan del Pino, se notaba tal preocupacion en su semblante, que no pude menos de fijar en ella mi atención; pero ignorando la causa, le respondí sonriéndome:

—Sí; he visto la sangre producida por algun pinchazo de aguja en los dedos de una modista, y la mia el viernes pasado sin ir mas lejos, cuando se me rompió el frasco del láudano.

—¿Y no ha visto V. un hombre, un amigo, asesinado por una mano desconocida, nadando en su propia sangre?

—Señor D. Juan, yo tengo pocos años y nunca he sido amigo de tristes espectáculos.

—Pero hay espectáculos que desagradan y sin embargo se presentan ante nuestros ojos y tenemos necesidad de contemplarlos mal que nos pese; hay espectáculos que impresionan hondamente nuestra imaginacion y se graban en la memoria para no borrarse nunca; hay espectáculos que nos persiguen siempre como un remordimiento y se sientan á nuestro lado y nos acompañan en el bullicio de los festines y en la soledad de nuestro gabinete.

Una desgracia horrible es quiza una advertencia, pero una advertencia tremenda; sirve tal vez para acallar las pasiones desenfrenadas, pero secando el corazón y asesinando los mas generosos impulsos del alma. La vida así no es vida, es la vegetacion de una planta que tiene inteligencia; el desarrollo y el decaimiento de un animal mas perfecto que el mono, pero menos perfecto que el hombre.

Mientras D. Juan hablaba, habia ido tomando su frase, monótona por lo regular, entonaciones enérgicas y sostenidas, y levantándose del sillón de cuero con clavos de metal en que reposaba, se dirigió hacia mí por un movimiento espontáneo.

Mi admiracion fue tal al observar la metamorfosis que en él se habia operado, que cesando en mis ensayos, me puse á contemplarle de hito en hito, sin saber qué contestar á sus palabras.

D. Juan cambió de repente de entonacion, su fisonomía volvió á recobrar la indiferente, espresion de costumbre, y añadió con la mayor frialdad:

—Pero V. es muy joven y no está en el caso de perder el tiempo escuchando tristes historias; dispense V., Lopez, la vehemencia de mis palabras.

—D. Juan, repuse yo algo picado en mi amor propio, me juzga V. muy mal, suponiéndome tan escaso de juicio como de años.

—No era esa mi intencion al espresarme de tal manera. Es que á la juventud no le agradan, por lo general, las historias de los viejos, que califica de chocheos.

—Pues á mí me agradan esas historias.

—Es decir que V. tendrá la paciencia suficiente para escucharme un rato á fin de comprender las frases que he pronunciado al ver ese líquido rojizo?

—No tendré paciencia, sino verdadero placer.

—Puesto que V. lo quiere, sea.

Recojí entonces los frascos de quinina, ó mejor dicho de salicina, y pasando á la trastienda para que nadie nos interrumpiese, tomamos asiento frente á frente D. Juan y yo. D. Juan guardó silencio un breve rato, como para recoger sus ideas y al fin comenzó su narracion, que con leves alteraciones voy á confiar al papel.

## II.

Era por el año 1822. La revolucion política, que acababa de cambiar la forma de gobierno del país, habia producido además una profunda revolucion social. La mayoría del pueblo español amaba la libertad con puro y ardiente cariño, veia en ella el fin de sus males y esperaba que la nacion recobraria nueva vida con su aliento poderoso. Los jóvenes, ansiosos de reformas, educados en la escuela enciclopedista y amigos de novedades, abrazaron con entusiasmo la nueva bandera que se desplegaba á su vista y no fueron los mas





## UN POLLO QUE QUIERE VOLAR.

—Julio, ¿no fumas?—Mi papá no quiere.  
 —¿Beberás ron?—No estoy acostumbrado.  
 —Mira sin miedo.—Harás que desespere;  
 Es que me dá vergüenza.—¡Desdichado!

Déjame que me asombre,  
 Una muger pareces ruborosa.  
 —Pues á mí, Gloria hermosa,  
 Pareciéndome va que eres un hombre.

reacios ni los menos ardientes los que pertenecían á las familias distinguidas del país.

Yo fui uno de estos últimos; mi familia residía en la comarca desde la conquista de D. Jaime I, y el sistema constitucional me privaba de grandes privilegios; pero no vacilé en sacrificar mis intereses y hasta la importancia de mi posición á las convicciones políticas.

Amigo mío desde la niñez, vástago también de una casa distinguida, y también liberal ardiente, Felipe Rocafull era más que mi inseparable compañero, casi mi hermano.

Felipe había quedado huérfano desde sus tiernos años, y abandonado á manos mercenarias había llegado á la edad de veintitres sin conocer contrariedad alguna, satisfaciendo todos sus caprichos y entregado por completo al desenfreno y á la disolución. Yo tenía poca mas edad que Felipe y era su compañero de glorias y fatigas, con lo cual escuso añadir, amigo Lopez, que tampoco era nada bueno.

Los días los pasábamos en diversiones, en devaneos amorosos, en discusiones políticas, y por las noches el juego y las orgías, merecían nuestra preferencia, orgías y juego que las mas de las veces terminaban con pendencias lamentables.

A la una ó las dos de la mañana, abandonábamos los garitos para volver á nuestras casas, recorriendo completamente á oscuras las calles de la ciudad y llevando á prevención, las carabinas cargadas y el puñal al cinto. Esto

que parece hoy extraordinario era muy comun en aquellos años en que España comenzaba á constituirse despues de una revolucion y en que las autoridades no tenían fuerza ni moral ni material para contener ciertos escesos.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:  
 LUIS FABRA Y CAVERO.



## REGALO Á LOS SUSCRITORES.

Los que se suscriban por 6 meses recibirán gratis la obra del señor D. Pedro Manuel Yago, titulada *En*

*el Fondo*, y además una lámina litografiada, copia del cuadro del Señor Gisbert, Doña María de Molina.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

En Valencia, Administracion del periódico, imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, núm. 3; Centro general de suscripciones de D. Manuel Carboneres, plaza de la Constitucion, y librería de D. Juan Mariana y Sanz, Hierros de la Lonja.

En Madrid, Sres. D. Carlos Bailly-Bailliere, plaza del Principe Alfonso; Durán, Carrera de San Gerónimo, y Guijarro, Preciados, 5.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.